

LA ALEGRIA DE



“QUERER”

(col. extranj. PEDAGOGIE, av. 64)

La “falta de voluntad” es, sin duda, una de las principales causas por la que los padres traen a sus hijos al psiquiatra. Les acompaña una tarjeta de los profesores: “podría hacerlo mejor” “no le faltan medios, pero...” “es incapaz de hacer esfuerzo alguno” “se deja llevar por cualquier cosa”.

Lo que a veces carece de importancia, adquiere de repente un gran valor por la regularidad con que esas notas se suceden. Por su parte, los padres lo han intentado ya toda: mano dulce, mano fuerte, castigos, premios, animarlo, humillarlo, pero nada parece haberle importado.

Cierto que él promete cada vez de hacerlo mejor, pero en seguida que se le viene encima la idea de esfuerzo, fracasa rotundamente. Su falta de voluntad parece incomprensible. El problema se sitúa, por tanto, en ver si se trata de un defecto congénito o si, a pesar de sus buenas palabras, no se le puede liberar de una cierta malicia.

De otro modo, lo hace así expresamente ¿o es que le falta voluntad, como a otros les falta inteligencia? Creo posible ambas explicaciones. Por una parte, se le dice al niño: “pobre Ricardo, no tienes ninguna voluntad”, entendiéndose con esto que le falta algo esencial y que él es responsable de ello. Se le reprocha, pues, su impotencia dejándole entender que no puede nada. Y, por otra parte, le estamos repitiendo a diario: “después de todo, tú lo tienes en tus manos; sólo te falta querer”. Total: que cuando le exigimos algo, el niño responde: “como no tengo voluntad...”.

¿Cómo podrá en definitiva “querer” ese niño, si le estamos repitiendo continuamente que no tiene voluntad

alguna? Acabará creyéndoselo y haciéndose a esa imagen que le hemos inculcado.

¿Podemos obligarle a que quiera lo que nosotros queremos?

La situación no es tan simple como puede aparecer a simple vista y la solución tiene su dificultad. En primer lugar, es justo decir que no tiene voluntad, ¿simplemente porque no hace lo que nosotros queremos? ¿Es siquiera honesto el intentar persuadirle que no tiene voluntad ya que la nuestra no es capaz de imponerse para que haga lo que nosotros queremos que él haga?

Por mi parte, yo encuentro que este niño tiene una voluntad de hierro y esto es quizá lo que nos pone malos. Que esto sea por pasividad o por oposición, este niño que se nos escapa y se dedica a soñar o a jugar o meterse en todos los jaleos, acredita sin duda alguna una clara voluntad que habrá que tener en cuenta.

No se trata, pues, de saber si tiene voluntad o no, sino de comprender para qué la ha usado y qué placer ha obtenido con ella. Si tiene voluntad para algo malo, también puede tenerla para lo bueno. Y esto ya es bastante. Además, está bien que él lo sepa, aun cuando “su” bien no coincida por ahora con el nuestro.

Es evidente que nos cuesta creer que lo que nosotros vemos bien para él, por lo que fuere, él no lo verá así. Y no concebimos que nuestro “niño” sea capaz, ni por asomo, el tener un punto de criterio distinto al nuestro. Sin embargo, hemos de reconocer que si él adopta una postura diferente es porque ve en ello algo positivo y beneficioso.

Muchos padres no quieren que tengan voluntad

Si son muchos los niños que sacan provecho de no tener voluntad, son también muchas las mamás que intentan convencerse que sus hijos no la tienen. Con ello, no hacen más que satisfacer un gusto oculto: seguir siendo un apoyo para el débil niño, un recurso ineludible, una presencia en todo lo que hace. Así logran prolongar su mandato materno: “sin mí, no sabe hacer nada” y “sin él, qué sería de mí”. Se trata, por tanto, de que la madre se mete en medio y ella misma es el sustituto de esa voluntad dulcemente inexistente.

Puede que no sea más que una coincidencia fortuita, pero es frecuente encontrar que las madres de muchachos un tanto pasivos y sin voluntad sean mujeres activas, que no se pueden estar quietas, absorbentes, voluntariosas, más decididas a menudo que sus maridos, y en los que ven una cierta afinidad con sus hijos.

¿Cómo lograr que ellos “quieran”?

— en primer lugar, no veamos sólo lo negativo: aun en las situaciones más oscuras, hay siempre algo positivo por descubrir y aceptar y esto supone mucha mayor renuncia que lo que a primera vista parece. Por tanto, si el niño demuestra una voluntad en consonancia con sus intereses, no hay más remedio que admitir que el niño tiene realmente voluntad, aunque la use para fines que no nos convencen.

— como consecuencia, no le hagamos dudar de su voluntad, ni le hagamos creer que está enfermo o es incapaz. De tanto decirsele,

le envolvemos en una culpabilidad que frena sus impulsos, inhibe su dinamismo y le inclina a buscar su placer más en el fracaso que en el éxito y en el castigo más que en la recompensa.

- busquemos en seguida **qué gana el niño** y qué ganamos nosotros en esa situación. Encontraremos en seguida que el placer del niño está enredado en sentimientos muy diversos y aparentemente contradictorios: es tenido y nos tiene, es dócil y se nos opone, no hace nada y nos lo hace hacer todo, manifiesta la necesidad que tiene de nuestro amor y se venga al mismo tiempo de esta dependencia, no tiene voluntad y logra que se haga lo que él quiere: afirma su voluntad, quedando como esclavo.
- ¿no le hemos cambiado el **sentido de la libertad**? A fuerza de "querer" por él, le hemos frustrado el placer de "querer" por sí

mismo, sin ayuda de nadie. El placer del niño está en que la obediencia a los mayores no sea un signo de obligatoria sumisión, sino un trampolín para su libertad, la alegría de querer y de hacer, de sentirse libre y fuerte. Muchas veces es sólo el sentimiento de capitulación ante las órdenes del adulto.

- no le ocultemos el **placer de lo que mandamos**. "El niño debe obrar por cumplimiento del deber y no por el placer —pensamos muchas veces— y el deber exige sacrificios". Este principio de que todo esfuerzo ha de ser desinteresado y doloroso es un poco teórico. Nunca insistimos lo bastante sobre el placer que sentirá al hacer lo que le sugerimos, lo que su poder ganará y la alegría de su libertad en la aceptación.
- no insistamos continuamente en **que su voluntad es mala**. Estamos demasiado convencidos de

que el niño sólo hace el bien cuando nos obedece. En seguida nos ponemos en contra de su voluntad agresiva con una severidad demasiado dura y después nos lamentamos que no coja las cosas con mordiente y con esa "agresividad" necesaria para el trabajo de hoy. Así llegamos en seguida a esa paradoja: persuadimos al niño de que su voluntad es mala, le obligamos a que renuncie a ella y siga la nuestra y, al mismo tiempo, le reprochamos el que está sin voluntad y no sabemos ni lo que quiere. Si, por temor a que se escape, se le corta las alas, es muy difícil que luego aprenda a volar.

- ya, desde muy pequeños, hace falta **no caer en la tentación de sustituir al niño**, de poner nuestra voluntad en lugar de la suya. ¿Educar la voluntad no es lograr el que se sienta libre, fuerte e independiente?

Dr. J. R. Bertolus

¿QUIERE QUE NOS ENOJEMOS CON EL, QUE LE CASTIGUEMOS?

¿QUIERE IRRITARNOS, HACER ESTALLAR NUESTROS NERVIOS?

¿Querrá que nos preocupemos de él y le preguntemos qué le pasa?

— "hay que estar encima de él para que haga algo"

— "no se le puede dejar solo un momento"

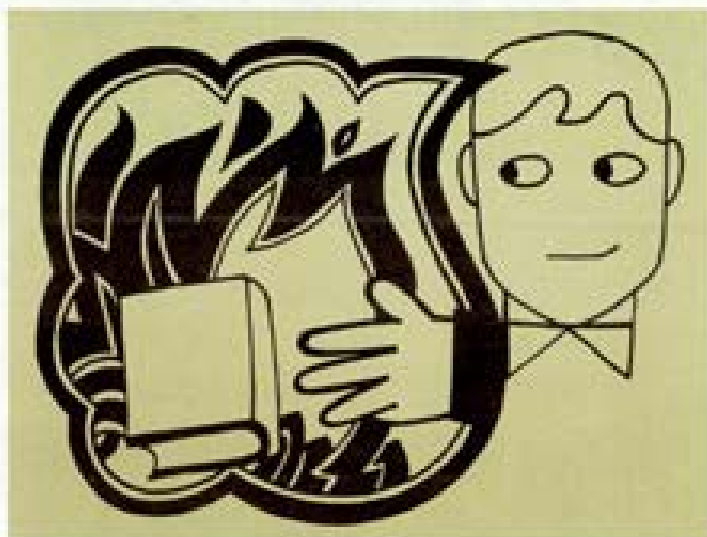
— "tengo que repetirle 20 veces la misma cosa".

COMPROBAR EL INTERÉS DE SUS PADRES,
VERIFICAR SI LE QUIEREN O NO, VIVIR COLGADOS DE ELLOS,
PUEDE SER UN SENTIMIENTO SUFICIENTEMENTE DULCE
PARA OLVIDAR LA AMARGURA DE UNAS MALAS NOTAS...



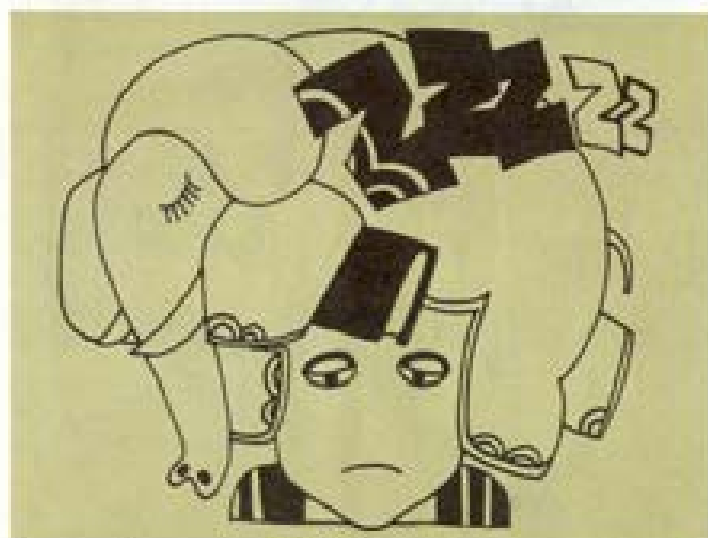
"no quieren estudiar" 1.

— la culpa es del **PROFESOR**. Simpatía y antipatía. Lo que no quieren es al profesor pág. 8



"no quieren estudiar" 3.

— la culpa es del **MÉTODO**. No mantiene activos a los alumnos. No fomenta la investigación pág. 22



"no quieren estudiar" 2.

— la culpa es de la **ASIGNATURA**. No vale ni entra en los intereses de los alumnos. Es aburrida pág. 17



"no quieren estudiar" 4.

— la culpa es de los **PADRES**. Están hartos de obedecer, de seguir sus intereses. No estudiar es su revancha ... pág. 27



"no quieren estudiar" 5.

— la culpa es del **ALUMNO**. Es un vago. No le gusta hacer esfuerzos. Está cansado de fracasar pág. 30